



## HISTORIA UNIVERSAL DEL ETCÉTERA (SELECCIÓN)

*Nilton Santiago*

MI ABUELA TIENE UN PUESTO DE COMIDA  
EN EL MERCADO DE CASMA, DONDE LOS POBRES  
VAN A COMER A CAMBIO DE NADA

Son las seis de la mañana en los relojes  
de todas las cigüeñas  
y mi abuela acaba de llegar a la ciudad de Casma  
con un niño,  
que es mi padre, envuelto en una manta llena de mariposas.

Ha tenido que abandonar el fondo del mar  
huyendo de los abusos de uno que cree que el amor  
significa atar a la pata de la cama a un ángel  
y darle de comer comida para peces.

Mi abuela, fuerte como una lágrima a punto de romperse,  
ha juntado todas sus baratijas  
y ha decidido poner un puesto de comida  
en la ciudad de Casma.

Mientras cocina, mi abuela cuida que el viento  
no llegue tarde a su cita con los pájaros  
para que los pájaros acudan puntuales a despertar  
a mi padre,  
quien pasa las madrugadas haciendo largas colas  
para comprar la carne más barata entre las carnes.

Mi padre es un niño tan alto como una puesta de sol  
pero aun así tiene el oficio de recoger la lluvia  
para que mi abuela tenga agua suficiente  
para fregar sus ollas.

El puesto de comida de mi abuela  
estaba lleno de las sonrisas de mi padre  
y también las de los perros que solían dormir  
bajo los taburetes,  
donde se sentaban sus clientes con la barriga  
llena de estrellas.

En mi país, los perros callejeros duermen donde pueden  
y sueñan que cruzan nadando las lágrimas de Dios.

A la hora del desayuno,  
mi abuela empezaba por borrarles los lunares  
a sus clientes con quitamanchas  
porque sabía que las estrellas tenían que volver al cielo  
después de haber abrigado la piel de los más pobres.  
Entonces,  
los pobres de Casma se sacaban una moneda  
debajo del corazón para pagarle el desayuno,  
pero mi abuela, alta como una puesta de sol,  
solía sonreírles y servirles en cambio otra caricia  
recién horneada.

Los pobres en Casma entonces pagaban con sus lágrimas  
la comida que mi abuela les ofrecía  
sin recibir nada a cambio,  
esto lo sé, porque sé que mi padre transportaba  
el agua de la lluvia  
para que mi abuela tuviese agua suficiente  
para fregar las ollas.

Aún hoy, los pobres en Casma tienen perros pobres,  
y aun hoy todos en Casma saben que los perros pobres  
también venían a saludar a mi abuela  
llevándole un hueso o un milagro en el hocico,  
como si le trajeran el periódico.

Ella los recibía mientras desayunaba con mi padre  
sobre sus piernas  
y compartía con ellos las sobras de las comidas.

Un día de otoño mi abuela se metió  
a mi padre al bolsillo  
y partió a la ciudad de Lima para vender comida  
en las puertas de otro mercado  
y nunca más se la vio por Casma.  
Aún hoy, si miro bien detrás de la lluvia,  
veo que mi padre es un niño que corre detrás  
de una pelota de terciopelo  
que también es el corazón de mi abuela.

Entonces me doy cuenta de que los pobres de Casma  
aún esperan que mi abuela despierte debajo  
del árbol donde ahora duerme  
y que los hijos de los hijos de los perros pobres  
aun yacen debajo de los viejos taburetes  
donde se sentaban sus clientes con la barriga llena  
de estrellas.

Ahora sé,  
después de tirar a la basura otro yogurt caducado  
(y media nevera)  
que en los relojes de todas las cigüeñas  
es la hora de la cena de los pobres de Casma.

\*

ESTA NO ES LA HISTORIA  
DE UNA TRAGEDIA GRIEGA

Dicen que las palabras son las costuras del silencio.

Pero las palabras en este poema  
son en realidad como globos de helio que tengo que atar  
a la página en blanco  
para que no huyan,

aunque huir, al fin y al cabo, es para un poema  
la única forma de hablar sobre lo que ya no está  
(que es lo único que nos pertenece).

Entonces la poesía levanta el ancla de sus noches esdrújulas  
y despliega las velas que la transportarán hasta el agua  
de tu mirada,  
claro, si es que estás de humor y te apetece leer este poema,  
que es como una partitura para un acordeón desafinado.  
Esto tiene poco de serio,  
no tiene nada de académico pasarse la mañana  
construyendo castillos de palabras  
que sean menos poéticos que unos prospectos médicos,  
pero es hora de que sepas que la vida de un poema  
es tan breve como la sonrisa de un mendigo acusado  
de ser pobre.

Pero volvamos al poema  
que acaba de llegar al puerto de tu mirada.  
Sabes bien que apenas empieces a leerlo,  
el poema se pondrá a comer las migajas de tu vida  
y subirá al taxi de todas tus tristezas,  
que, desde luego, sabe tu dirección de memoria.

Pones el libro sobre la mesa y buscas algo de comer:  
sopa china instantánea para la cena.  
El café de esta mañana aun brilla sobre la mesa  
como un pequeño pozo de petróleo. Te acercas a la ventana.  
Al otro lado de tu calle,  
cientos de estrellas se descuelgan por la lluvia  
hasta el corazón de varios refugiados que yacen a la deriva  
sobre una inmensa rueda de caucho.  
Pero nadie los ve, ni los oye.  
Los faros no los iluminan.  
Las estatuas marítimas no gastan sus lágrimas  
en los *sin papeles*.  
Sólo los peces,  
que nadan entre nuestros desperdicios,  
lloran en silencio la pobreza del corazón humano.

Al poco rato, los inmigrantes llegan a la playa  
deshidratados y hambrientos.

Los cooperantes les ponen papel de aluminio  
para descongelar sus lágrimas.  
Desde que oyen llorar a los peces, los policías  
ya no los apalean.

La sopa china instantánea te ha parecido horrible.  
Te das una ducha caliente, te vistes a toda prisa  
porque has quedado a solas con otro solitario.  
En el mismo momento que sales de casa  
una paloma del tamaño de la luna te caga en la cabeza.

Este poema no es la historia de una tragedia griega,  
pero en lo primero que piensas  
es que el dramaturgo Esquilo murió  
al caerle en la cabeza una tortuga  
que se desprendió de las garras de un quebrantahuesos.

\*

LA TRISTEZA DE LAS MAGNOLIAS  
O CÓMO HACER QUE UN POEMA NO  
TENGA NADA QUE DECIR

Es triste, muy triste  
que las magnolias tengan que recoger cada día  
las lágrimas de las abejas. Además, las pocas que quedan  
caminan hace siglos ignoradas por este mundo amargo,  
aunque se diga que hay tarros de miel egipcios  
de 4.000 años  
que aún son comestibles.  
También las abejas descienden de aquel herrero ignorado  
que lleva en las manos las escamas  
del primer hombre que se sacó una costilla  
para darte la vida.  
No solo abejas, sino también hay cientos de reproches  
que huyen por las alcantarillas de mi corazón  
o el de Marx, el perro que salvó mi abuelo  
alimentándolo con la miel de sus lágrimas.  
Cuando era niño,  
en las pescaderías los peces hoz y martillo

repartían octavillas con poemas de Nazım Hikmet,  
pero de nada sirvió.  
Poco después, una asamblea de obispos y gorilas  
declaró que la fe es un bien privado,  
así que con un grupo de gatos callejeros  
empezamos a adorar a un velloncillo de cianuro  
llamado Rimbaud.  
Los obispos ignoran a Rimbaud en sus sermones,  
como yo ignoraba que las abejas obreras son capaces  
de ventilar una colmena  
aleteando a 26.400 veces por minuto.  
Sé que una llave brilla en el fondo de tus lágrimas.  
Es la misma llave que usó mi madre para entrar  
en el vientre de tu abuela  
y encontrarte ahí dormida.  
A ti y a las cientos de cigüeñas desempleadas  
que ahora construyen cementerios de azufre  
en los campanarios de nuestra niñez.  
Nadie sabe por qué un párroco laico  
ha sido nombrado director del zoológico  
a cambio de evangelizar a un demonio de Tasmania  
o, lo que es lo mismo, nadie sabe quién les ha dado  
el carné  
a los poetas que viven repartiendo carnés de poeta.  
Es triste, muy triste,  
sólo se sabe que todo son *cuotas*.  
Cuotas para mendigar sal para nuevas lágrimas.  
Cuotas para sacar de la nevera el primer beso  
que se nos rompió en la vida.  
La poesía ya no tiene monedas.  
Únicamente nos dejará —como un mal ejemplo—  
este poema que ha perdido su bastón  
y camina a hurtadillas en nuestra oscuridad.  
Todos somos ese segundo en el que duda el suicida  
antes de saltar de un puente.  
Todos somos el rabino judío que llora como un pez  
y el astrónomo palestino apaleado por un ciempiés.  
Todos somos el chatarrero de la pata de palo,  
el galgo al que se le escapan hasta las liebres cojas.  
Todos somos este poema que llora palabras  
porque no tiene nada que decir.

Es triste, muy triste  
que nadie sepa que una abeja obrera  
debe visitar unas 7.200 flores  
para fabricar cinco gramos de miel.

\*\*\*\*\*

**Nilton Santiago** (Lima, 1979) reside en Barcelona desde hace varios años. En poesía ha publicado *El libro de los espejos* (II Premio Copé de la XI Bienal de Poesía 2003), *La oscuridad de los gatos era nuestra oscuridad* (Premio Internacional de Poesía Joven Fundación Centro de Poesía José Hierro, Madrid 2012), *El equipaje del ángel* (XXVII Premio Tiflos de Poesía, Visor Libros 2014) y *Las musas se han ido de copas*, con el que obtuvo el XV Premio Casa de América de Poesía Americana (Visor Libros, 2015). *Para retrasar los relojes de arena* (Vallejo & Co., 2015) es su primer libro de crónicas. Su obra ha sido recogida en las antologías *A otro perro con este hueso* (Casa de Poesía, Costa Rica 2016) y *24 horas en la vida de una libélula* (Scalino, Sofía 2017). En 2019 obtuvo el Primer Premio en el Concurso Internacional de Poesía Vicente Huidobro Huidobro, organizado por la Fundación homónima, con su poemario *Historia Universal del Etcétera*, que fue editado por Valparaíso Ediciones.